

**PRESENTACIÓN: LA HISTORIOGRAFÍA PUNTANA Y
LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA***NÉSTOR MENÉNDEZ**

Universidad Nacional de San Luis

Las acciones de construir historia sobre los hechos de la independencia y su larga guerra, no fueron en San Luis inmediatos a su terminación, ni tampoco fueron objeto de un sereno análisis, que los pudiera haber despojado de su cronológica continuación en las guerras civiles.

En estos pasos iniciales está fuera de duda que la influencia de Bartolomé Mitre como político, militar y pensador fue decisiva para brindar las primeras interpretaciones de una historia en exceso positivista centrada en un listado de héroes a venerar y de rudas batallas. Interpretación que estuvo teñida, como es sabido, por las experiencias personales y de grupo del mismo Mitre, quién seleccionó esmeradamente para cada provincia quiénes serían sus próceres destacados y las acciones que debían levantarse, en tanto otras, menos calificadas, era preferir dejar que piadoso manto de olvido las cubriera. Mitre aceptó levantar la guerra de la Independencia y sus héroes máximos, San Martín y Belgrano –pese al pecadillo de su adhesión a la monarquía-, cuando ya lo habían hecho casi todos los gobiernos anteriores; continuó viendo los gobiernos unitarios de la década del 20 como un momento glorioso a destacar, luego la larga noche de la tiranía rosista habría arruinado el país y todas sus instituciones, la Confederación urquicista fue una tibia continuación del anterior; y finalmente el triunfo de Buenos Aires y su propio gobierno es como un recupero de la paz y organización, y cierre de la historia nacional.

En el largo proceso de la historiografía puntana hay un momento iniciático en el cual el gobernador Barbeito, conocedor de las veleidades de historiador de su conductor político B. Mitre, le consulta sobre cuál sería el héroe máximo de San Luis.

* Néstor Menéndez. Profesor de Historia y Licenciado en Enseñanza de la Historia por la Universidad Nacional de San Luis, Argentina. Profesor titular de la cátedra de Historia Argentina y Americana (UNSL). Autor de numerosos trabajos sobre Historia Provincial y Regional.

Y Mitre selecciona a Pringles, dejando de lado –entre otros- a Pedernera y a José Cecilio Lucio Lucero, que aun vivían. Estos hechos se habrían producido allí por el año 1864 y cuando la reciente muerte del Chacho auguraba una larga etapa de paz y prosperidad donde podría darse por cerrada nuestra historia. Pringles, que tuvo su gran hecho de gloria en Chancay, y luego formó en el bando unitario, muerto por una partida de Facundo Quiroga era, por estos motivos, una figura impecable, no contaminada de federalismo. El gobernador Barbeito, seguro y confiado por estas recomendaciones hizo exhumar los restos de Pringles, y los traslado al cementerio de la ciudad –que había creado el gobernador Pablo Lucero en 1853 (Nuñez, 1980) donde le levantó un mausoleo especial (Gez, 1916). El monumento se construyó por suscripción pública y el día de su inauguración participó el pueblo de San Luis y el sacerdote Laciari dijo la oración fúnebre. A partir de allí esa tumba sería la parte central del camposanto; y una base de historia oficial había dado sus primeros seguros pasos.

En el momento que se toman esas decisiones, el general Pedernera, que había caído hacía tres años de la presidencia de la Confederación –derrocado por el mismo Mitre y su ejército-, estaba exiliado en el Perú; y José Cecilio Lucio Lucero –que tenía más condecoraciones que Pringles, de la larga guerra de la Independencia, de la Guerra del Brasil y de otros conflictos nacionales- vivía retirado en San Luis. Este último por prosapia familiar y prestigio personal era admirado por todos, pero poco confiable para los mitristas por haber servido a gobiernos federales. Pedernera por otro lado, tenía a su favor, además de su gloriosa actuación en la campaña sanmartiniana del Perú, que hizo la campaña de Chile, y más aun, que acompañó a Lavalle en sus luchas contra Rosas y que salvó sus restos trasladándolos a Bolivia después de su muerte. Pero Mitre lo tachó, por haber servido a la Confederación urquicista; y por haber guerreado contra él en Cepeda y Pavón, presuponemos.

Barbeito era muy amigo de Pedernera, que se hospedaba en su casa cuando paraba en San Luis; sin embargo por razones que no son fáciles de precisar, decidió erigir a Pringles como héroe máximo. Quizá en este caso como ha pasado otras veces la memoria histórica jugó papel fundamental. Barbeito representaba a la clase alta de comerciantes y pulperos de la ciudad –él mismo era hijo de un licenciado en artes que

ejerció de docente- y ellos veían a Pringles como el hombre más destacado de su sector, embanderado en el romanticismo de haber luchado sin rendirse y de su muerte prematura. Pese a que de niño debió haber conocido a Pringles, que vivió a una cuadra de su casa, no se dio en este caso el tan remanido dicho de que *nadie es profeta en su tierra*. Barbeito adoptó a Pringles como el héroe máximo, y así lo echó a rodar.

Terminada la gestión de Barbeito comenzó la segunda de don Justo Daract y la terrible guerra del Paraguay. La guerra fue en extremo impopular y profundizó la caída económica de nuestra provincia; sin embargo San Luis contribuyó con tropas que llevaron el nombre de “*Batallón Pringles*”, en la resolución de su creación Daract sostiene que se debe rememorar “*los hechos heroicos y virtudes cívicas del benemérito coronel don Juan Pascual Pringles*” (Gez, 1916). Como se ve, no más ser entronizado se avanzó en una política de culto a los héroes que dejaría casi solo a Juan Pascual en el parnaso de los semidioses locales. Esta costumbre persistió por muchos años.

La gestión de Justo Daract, su sucesor y dirigente máximo de mitrismo puntano, terminó mal, porque fue derrocado y maltratado por la Revolución de Los Colorados (1867); derrotada esta por las fuerzas nacionales que volvieron rápidamente de frente paraguayo, fue electo nuevamente un jefe mitrista, José Rufino Lucero y Sosa, que mandó a escribir la biografía “*del heroico coronel Juan Pascual Pringles*” (Gez, 1916), asunto que se concretaría más tarde siendo Angel Justiniano Carranza el que reuniría la documentación, aunque no llegaría a escribir el libro sobre la vida de Pringles.

Los mitristas comenzaron a perder el poder a partir de 1870, tema que estudié al detalle en mi libro *La época de Ortiz Estrada* (1994); desesperados, se plegaron a la revolución mitrista de 1874 y, fracasada ésta, marcharon a un exilio de tres años.

Cuando el coronel Julio A. Roca vuelve a San Luis –luego de derrotar al mitrista Arredondo en Mendoza-, coloca en el gobierno a Rafael Cortés –de origen cordobés-, que representaba la nueva situación de avellanedistas y roquistas que ostentarían el poder por muchos años en el país. Cortés comenzó a organizar un regimiento de caballería y le colocó por nombre “*Coronel Pringles*” (Gez, 1916). Esto significaba que los hombres de la nueva situación –después reemplazados por los

hermanos Mendoza que gobernarían San Luis por 30 años-, no cuestionaban la interpretación mitrista de la historia de San Luis, sino que la levantaban con el mayor entusiasmo. Al diseñar una plaza central para San Luis los Mendoza la convirtieron en el principal paseo de la ciudad y le adjuntaron el nombre de *Plaza Pringles*.

No está de más aclarar que Pedernera falleció recién en 1886. Su figura ya estaba siendo valorada; fue así que poco antes, por ley de 1884, al colocarse los nombres de los departamentos provinciales, además de los que corresponden a toda la guerra libertadora, San Martín, Belgrano, Chacabuco, Ayacucho y Junín, se dejaron dos nombres para resaltar los héroes locales, destinados a Pringles y Pedernera. José Cecilio Lucio Lucero había fallecido en 1867 y fue prolijamente olvidado a partir de allí, pese a que en 1825 volvió de sus gloriosas campañas en Chile y el Perú como segundo jefe del regimiento de Granaderos a Caballo. Por esas vueltas de la historia en el conflicto de la Argentina con la Confederación Peruano-Boliviana (1837), Pedernera estuvo del otro lado y José Cecilio, siempre fiel, comando gran parte de nuestra caballería. En 1998 lo rescatamos de olvido y pusimos su nombre a la plaza del barrio Nacional Evita, allí erigimos un busto de piedra con su figura, único que hay en toda la provincia.

Sin historiadores contemporáneos a los sucesos, aparece en San Luis recién a fines del siglo XIX el docente Juan W. Gez, hijo de quinteros franceses, que descolló como educador, escritor y hombre de vasta cultura. Enrolado desde joven en las filas mitristas, fue fuerte opositor al mendocismo y, caído éste, pasó a ser considerado la voz oficial en los temas históricos.

En pocos años y a caballo de dos siglos Gez produjo obras significativas respecto a la gran gesta puntana de la independencia; entre ellas *Apoteosis de Pringles* (1896), *Boceto Biográfico del coronel Dupuy* y *La contribución patriótica de San Luis*. En otros trabajos menores agregó a Lafinur entre los próceres de la primera hora y aprovecho muchos relatos y recuerdos para fijarlos en *La Tradición Puntana*.

Desde la caída del mendocismo en 1904 todos los gobiernos pusieron sus ojos en el profesor Juan W. Gez como la persona que pudiera construir una significativa historia de San Luis. Muchos de estos gobernantes eran lectores de sus obras y creían

que el país debía también enterarse cuál había sido el aporte de nuestro terruño a la magna causa de la independencia y de su organización institucional. El gobierno provincial le encarga en 1910 escribir una historia de San Luis, que vería la luz en dos tomos en 1916 y que sería auspiciada por la *Comisión Nacional del Centenario de la Independencia* e impresa en Buenos Aires, en los *Talleres Gráficos de Weiss y Preusche*. Según los decretos de creación habría sido un manual que debía conservar un carácter didáctico y servir para la enseñanza. Pero, a partir del correr de los años, y falta de otras obras mayores, se convirtió en un paradigma que fijaría la historia y la tradición local.

En los años que siguieron Gez solo fue cuestionado puntualmente, y en aspectos secundarios de su obra; así Nicolás Jofré y algún otro escritor decimonónico le objetaron el papel negativo, despreciable, que había dado al desarrollo del federalismo puntano; luego, el sacerdote dominico Saldaña Retamar le observaría que no fue Oñez de Loyola sino Luis Jufre el verdadero fundador de San Luis; temas todos ellos que todavía se encuentran en discusión.

Cuando Gez analizó la Guerra de la Independencia tuvo a su favor dos grandes razones para tirar líneas que no serían luego discutidas; una fue que todavía se encontraba en el archivo provincial la gran mayoría de la documentación de época, y los papeles que, de primera mano, conservaban las familias de San Luis; otra fue que la memoria histórica estaba muy fuerte e incluso encontró vivo a algún actor de aquellos acontecimientos.

Decíamos que Gez tiró líneas claves pues, aunque teniendo conocimiento históricos limitados y poco manejo de la metodología, llegó a clasificar y exponer ordenadamente los diferentes temas y acontecimientos; varios historiadores puntanos seguirían sus pasos.

La de Gez fue una historia muy positivista por establecer dos líneas claves en cuanto a la contribución humana y material de San Luis a la gesta libertadora; así expuso documentos oficiales originales y citó detalladamente los que consideró datos claves. Su rastreo no fue lo prolijo que pudiera parecernos y se le escapó toda la documentación relativa a los granaderos puntanos, que luego trataría Nuñez con

holgura. Y pese a la contribución no trató tan bien al pueblo de San Luis, analizando con mucha distancia y faz cuasi crítica la sublevación realista de 1819 y su sangrienta represión. ¿Será por eso quizá que Víctor Saá centró su trabajo sobre esos años en destacar al “glorioso” pueblo puntano de la independencia?

El mayor acierto de Gez fue haber perfilado y resaltado la gesta independentista y no tener cuestionadores a su interpretación del papel de San Luis en tan magna empresa. Después de él, en los años treinta del siglo pasado y más tarde, llegaría un grupo de historiadores de fuerte cuño franquista, y de incisivo matiz clerical que afirmarían y puntualizarían el relato de Gez sobre el papel de San Luis en los días de Mayo y hasta Junín.

Víctor Saá, que es uno de sus principales cuestionadores en cuanto a su interpretación de las guerras civiles, en cambio tomo a pie de la letra el relato libertario de Gez y lo profundizó en una serie de notas que hicieron época con el nombre de *San Luis en la Gesta Sanmartiniana* y que fueron editadas en el centenario de la muerte del Libertador (1950) por la *Revista del Instituto Nacional Sanmartiniano*. El profesor Víctor Saá aceptó en un principio el desprecio que mostró Gez hacia los disidentes federalistas, encabezados por Tomás Varas, Peñaloza y Santiago Funes, y su resistencia a Dupuy. Sin embargo, más tarde revisaría sus posiciones y nos daría una versión más acabada de estas diferencias en unas notas sobre Juan Martín de Pueyrredón que reprodujo el Boletín de la Junta de Historia de San Luis.

La obra de Víctor Saá sobre esos agitados años, exuberante y en extremo detallista, perduró por diferentes razones, sobre las que no podemos abundar en estas cortas páginas; digamos brevemente que optó por describir al detalle la participación del pueblo de San Luis en aquella época singular y fue tomada –en especial una de sus ponencias- como base para que el gobierno provincial en 1991 construyera un parque histórico de valía en Las Chacras donde se erigió un impactante monumento al *Pueblo puntano de la independencia*; tal cual lo hubiera propiciado este autor.

Víctor Saá no fue el único en seguir los pasos de Gez en la interpretación de esos años; autores menores también hicieron eco de sus análisis; por ejemplo, en un escrito copioso y muy politizado sobre nuestra historia, que fuera obra magna de

Reynaldo Pastor, exgobernador y figura destacada en la colaboración con los gobiernos militares de la segunda mitad del siglo XX, se citaban algunos otros detalles sobre el aporte de San Luis, humano y material, a la gesta independentista. En este libro, denominado *San Luis, su gloriosa y callada gesta*, que apareció en 1970, por primera vez se presentaba a los puntanos como grandes aportantes de reclutas al regimiento de Granaderos a Caballo, el más dilecto de nuestro rico pasado.

Creada la *Junta de Historia de San Luis*, bajo la dirección de Víctor Saá, otro empeñoso historiador que se radicó entre nosotros, el pringlense Urbano J. Nuñez, continuaría escarbando en los años de la gesta libertaria. En un trabajo menor por esa época enfocó el papel de San Luis tomando nota que fue la principal aportante de soldados al regimiento de Granaderos a Caballo, mejorando en extremo la visión de Pastor sobre ese significativo sacrificio que hiciera el pueblo de San Luis.

En años siguientes Nuñez daría otras páginas vibrantes a nuestra historia y profundizaría al detalle sobre aquellos duros años en que San Luis entregaría todo y sus hijos recorrerían los extensos campos de batalla de Sudamérica. Su trabajo final, monumental, la gruesa *Historia de San Luis*, aparecida en 1980, recorre con fundamento y minuciosidad cada uno de los episodios producidos en esos años, aunque es una visión que solo se limita a los sucesos locales y no salta más allá de una presentación en exceso positivista por su exagerado culto a los documentos oficiales.

Fijados con detenimiento aquellos hechos lejanos, con trabajos variados, eruditos y no tanto, con exceso de ostentación heurística, con un significativo aporte de la memoria y de la tradición, parece hoy imposible poder decir algo diferente. Lo que Gez selló con maestría y fuerte cuño hermenéutico no fue levantado en un extenso siglo donde recorrieron su camino numerosos autores.

Ante la cercanía del gran evento, del Bicentenario de aquellos gloriosos años, de aquel conflicto monumental que arrasó con la tranquilidad de la colonia y nos sumergió en décadas de postración e incertidumbre, con la esperanza de patria para todos y organización institucional, parece llegado el momento de abrir paso a nuevas investigaciones y revisiones. Aunque sea, nada más que porque nuevos centenarios nos



aguardan, de Chacabuco a Junín, nada menos. Lo que Gez selló, ¿será factible de ser revertido?